

AMANDA QUICK

EL JARDÍN DE LAS MENTIRAS

Romance e intriga en el Londres victoriano

B

EL JARDÍN DE LAS MENTI- RAS

Quick, Amanda

Traducción de José Heisenberg

Corrección de Alexander Páez

Galeradas revisadas por Antonio Torrubia

Título original: *Garden of lies*

Traducción: José Heisenberg

1.ª edición: noviembre 2016

© Ediciones B, S. A., 2015

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-579-1

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[52](#)

[53](#)

[54](#)

[55](#)

[56](#)

[57](#)

[58](#)

Prólogo

Slater Roxton estaba examinando los murales que había en la pared de la recargada cámara funeraria, iluminados con una extraña luz, cuando se activó la trampa.

Un funesto rugido y los chirridos de la maquinaria antigua oculta tras los muros de piedra fueron las señales que anunciaron la inminente destrucción. Lo primero que se le pasó por la cabeza fue que el volcán que se alzaba sobre la isla de la Fiebre había entrado en erupción. Pero las enormes secciones del techo del pasadizo que conducía a la entrada del templo se abrieron una a una. Comenzaron a llover pedruscos.

La voz de Brice Torrence resonó desde el extremo más alejado del pasadizo, cerca de la entrada.

—Slater, sal de ahí. ¡Corre! Está pasando algo horrible.

Slater ya se estaba moviendo. No perdió tiempo tratando de recoger las lámparas, los bocetos o la cámara fotográfica. Corrió hacia la puerta de la cámara, pero cuando miró hacia el largo y serpenteante pasadizo de piedra que conducía a la entrada se dio cuenta de que era demasiado tarde para escapar.

Más secciones del techo se abrieron mientras miraba. Incontables toneladas de la espantosa lluvia de rocas cayeron sobre el pasadizo. Las piedras se apilaron deprisa, llenando el túnel. Sabía que si intentaba correr para ponerse a salvo acabaría aplastado. No le quedaba más alternativa que retroceder e internarse en el oscuro laberinto inexplorado de las grutas funerarias.

Cruzó la cámara a toda prisa, cogió las lámparas y se dirigió al pasadizo más cercano. El túnel se adentraba en una

oscuridad densa e inexplorada, pero allí no caían piedras del techo.

Se adentró en el túnel unos metros y se detuvo, consciente de que, si se adentraba más, se perdería en un abrir y cerrar de ojos. Brice y él ni siquiera habían empezado a trazar un plano de las grutas funerarias excavadas bajo el volcán.

Se sentó pegado a una pared y se preparó para lo peor. La luz de la lámpara iluminaba un inquietante mural, una escena que representaba una erupción volcánica muy antigua y de efectos catastróficos. La destrucción se cernía sobre una elegante ciudad construida con mármol blanco. Se parecía demasiado, pensó Slater, a lo que sucedía en ese momento.

Le llegaron nubes de polvo procedentes del túnel. Se cubrió la boca y la nariz con la camisa.

No le quedaba más remedio que esperar a que terminase la avalancha de piedras. El miedo le corría como un ácido por las venas. En cualquier momento, el techo de la gruta en la que se encontraba refugiado se abriría y lo enterraría bajo las rocas. Al menos, todo terminaría en cuestión de segundos, pensó. No le apetecía mucho contemplar su futuro inmediato en el caso de sobrevivir. Durante el tiempo que le quedase de vida, estaría encerrado en un laberinto construido con gran ingenio.

La tormenta de rocas y piedras duró lo que se le antojó una eternidad. Pero, a la postre, las grutas del templo se quedaron en silencio. Pasó otra eternidad hasta que el polvo se asentó.

Se puso en pie con cuidado. Se quedó quieto un segundo y aguzó el oído en mitad de un silencio atronador, a la espera de que se le tranquilizase el corazón. Al cabo de un momento, se acercó a echar un vistazo a la cámara abovedada en la que se encontraba cuando se activó la trampa, liberando su carga mortal. Había piedrecitas diseminadas por la cámara, fragmentos del enorme montón que sellaba el pasadizo que conducía a la entrada.

Había sobrevivido, lo que quería decir que en ese momento estaba enterrado en vida.

Empezó a calcular la probabilidad de salir de allí con vida con una actitud sorprendentemente académica. Concluyó que todavía estaba demasiado sorprendido como para asimilar la enormidad del problema en el que se encontraba.

No había motivos para que Brice y el resto de la expedición creyeran que había sobrevivido; no había nada que pudieran hacer para salvarlo, aunque mantuvieran la esperanza. La isla de la Fiebre era un pedazo de piedra volcánica cubierta por jungla inexplorada. Estaba situada a miles de kilómetros de la civilización.

Los únicos recursos disponibles eran las escasas provisiones y el equipo que llevaban a bordo del barco que estaba anclado en el pequeño puerto natural de la isla. No había manera de conseguir maquinaria ni capital humano para despejar la ingente cantidad de piedras que cerraban la entrada del templo.

Brice lo hablaría con el capitán del barco, pensó Slater. Llegarían a la conclusión de que estaba muerto y rezarían para que fuera cierto, porque no había nada que pudieran hacer para salvarlo.

Apagó una de las lámparas para ahorrar combustible. Con la otra lámpara en alto, se internó en el laberinto. Había, se dijo, dos posibilidades: la primera, y más probable, era que deambulase por las grutas del templo hasta morir. Solo esperaba que la muerte le llegase antes de que la impenetrable oscuridad lo volviera loco.

La segunda posibilidad, aunque muy improbable, era que acabase por casualidad en un pasadizo que lo condujera al exterior, a la luz del sol. Pero, aunque tuviera esa suerte, era muy difícil que consiguiera encontrar el camino de vuelta al barco antes de que este zarpara. Las provisiones escaseaban cuando por fin encontraron la dichosa isla después de que una tormenta los desviara de su rumbo. El capitán estaba convencido de que otra tempestad se acercaba. Querría emprender el viaje de vuelta a Londres lo an-

tes posible. Tenía que pensar en su tripulación y en los componentes de la expedición.

Slater sabía que si conseguía salir del laberinto se encontraría solo en una isla que no era puerto habitual de los barcos. Podrían pasar años antes de que otro navío arribase a esas costas, si acaso llegaba a hacerlo.

Echó a andar por las grutas, tan oscuras como boca de lobo, con la única guía de los murales que habían dejado los artistas de una antigua civilización que había sido enterrada mucho tiempo atrás por la lava ardiente.

No supo en qué momento empezó a entender el significado de los murales, si acaso llegó a percibir la verdadera intención de las historias. Se recordó que cabía la posibilidad de que ya se estuviera volviendo loco. Esa oscuridad eterna y las evocadoras pinturas resultaban desconcertantes. Un hombre en su situación podía empezar a alucinar en cualquier momento.

Sin embargo, a la postre creyó detectar tres leyendas diferentes. Se detuvo cuando se dio cuenta de que cada cuento era un camino distinto por el laberinto. Una serie de pinturas hablaba de una guerra. La segunda serie contaba una historia de venganza.

Al final, se decantó por la tercera leyenda.

Nunca llegó a saber durante cuánto tiempo anduvo ni qué distancia recorrió. A veces, se detenía, exhausto, y se sumía en un sueño intranquilo que acababa roto por las imágenes de las paredes que eran su única guía. De vez en cuando se topaba con arroyos subterráneos. Se detenía para beber en ellos. Intentó que el queso y el pan que llevaba en la mochila le durasen mucho tiempo, pero se le terminaron.

Siguió andando porque no podía hacer otra cosa. Detenerse sería rendirse por completo.

Al final, cuando salió de la gruta a un círculo de piedra iluminado por la luz del sol, casi siguió andando porque estaba convencido de que se trataba de una alucinación.

«Luz del sol», pensó.

Una parte de su cerebro constató la realidad de lo que veía.

Alzó la vista, incrédulo, y vio que el ardiente sol tropical se colaba por una abertura en las rocas. Vio una serie de empinados escalones tallados en la piedra. Una larga cuerda negra colgaba de la abertura.

Echó mano de sus últimas fuerzas, aferró la cuerda y comprobó que soportaría su peso. Cuando quedó satisfecho de su seguridad, echó a andar por la antigua escalera de piedra, con la cuerda como pasamanos.

Llegó a la abertura, salió de la gruta y se dejó caer sobre el suelo de piedra de un templo al aire libre. Había pasado tanto tiempo en la oscuridad que tuvo que cerrar los ojos al recibir la brillante luz solar.

En algún lugar cercano escuchó un gong. El sonido reverberó por la jungla.

No estaba solo en la isla.

Un año más tarde, otro barco echó el ancla en el pequeño puerto. Slater iba a bordo cuando zarpó. Sin embargo, no era el mismo hombre que llegó a la isla de la Fiebre.

A lo largo de los siguientes años se convertiría en una leyenda en ciertos círculos. Cuando por fin regresó a Londres descubrió cuál era la gran maldición que recaía sobre todas las leyendas: no había un lugar al que considerar su hogar.

1

—No me puedo creer que Anne nos haya dejado. —Matty Bingham se secó las lágrimas con un pañuelo—. Con ese ánimo que siempre tenía. Tan simpática. Tan llena de vida.

—Sí, así era ella. —Ursula Kern aferró su paraguas con más fuerza mientras observaba cómo los enterradores cubrían el ataúd con enormes terrones de tierra—. Era una mujer moderna.

—Y una excelente secretaria. —Matty se guardó el pañuelo en el maletín—. Un motivo de orgullo para la agencia.

Matty era una solterona ya en mitad de la treintena, sin familia y sin contactos. Al igual que la mayoría de las mujeres que acababan trabajando para la Agencia de Secretarías Kern, había abandonado cualquier esperanza de contraer matrimonio y formar una familia. Del mismo modo que Anne y las demás, había abrazado la promesa que les ofrecía Ursula: un empleo respetable como secretaria profesional, un campo que por fin se estaba abriendo a las mujeres.

El día era fúnebre de por sí. El cielo estaba encapotado con unos nubarrones grises y la llovizna era constante. Ursula y Matty eran las únicas dolientes congregadas en torno a la tumba. Anne había muerto sola. Ningún familiar había reclamado el cuerpo. Ursula se había hecho cargo de los gastos del funeral. Era, en su opinión, no solo su responsabilidad como jefa de Anne y única heredera, sino también un último gesto de cariño y amistad.

Un vacío inmenso se abría paso en su interior. Anne Clifton había sido su mejor amiga durante los dos últimos años. Habían creado un vínculo basado en aquellas cosas que tenían en común: la falta de familia y la existencia de un pasado angustiante que ambas se habían cuidado de enterrar.

Cierto que Anne tenía sus defectos (algunas de las otras secretarías de la agencia la acusaban de ser ligera de cascos), pero Ursula sabía que en el fondo todos los comentarios encerraban cierta carga de admiración. La audaz determinación de Anne para abrirse camino en la vida en contra de todo pronóstico la había convertido en el modelo viviente de la «mujer moderna».

Una vez que el ataúd desapareció debajo del montón de tierra, Ursula y Matty se volvieron y se alejaron en busca de la salida del cementerio.

—Has sido muy amable al pagar los gastos del funeral —comentó Matty.

Ursula atravesaba en ese momento la verja de hierro.

—Era lo menos que podía hacer.

—Voy a echarla de menos.

—Y yo —replicó Ursula.

«¿Quién se hará cargo de los gastos de mi funeral cuando yo muera?», se preguntó.

—Anne no parecía de las personas inclinadas a quitarse la vida —apostilló Matty.

—No, no lo parecía.

Ursula cenó sola, como de costumbre. Cuando acabó de comer, se dirigió a su pequeño y acogedor estudio.

El ama de llaves ya estaba en la estancia, encendiendo el fuego en la chimenea.

—Gracias, señora Dunstan —dijo Ursula.

—¿Seguro que se encuentra bien? —le preguntó la señora Dunstan con delicadeza—. Sé que para usted la señorita Clifton era una amiga. Es duro perder a una persona tan

cercana. Yo misma he perdido a unas cuantas a lo largo de los años.

—Estoy bien —le aseguró Ursula—. Voy a hacer un inventario de las posesiones de la señorita Clifton y después me iré a la cama.

—Muy bien, pues.

La señora Dunstan salió al pasillo y cerró la puerta tras ella sin hacer ruido. Ursula esperó un momento y después se sirvió una generosa copa de brandi. El ardiente licor la ayudó a disipar el frío que la embargaba desde la muerte de Anne.

Al cabo de un rato, atravesó la estancia para acercarse al baúl que contenía las pertenencias de su amiga.

Sacó los objetos uno a uno, y fue sintiendo una creciente inquietud: un frasquito de perfume vacío; una bolsita de terciopelo con unas cuantas joyas; el cuaderno de taquigrafía de su amiga, y dos paquetes de semillas. Cada objeto por sí mismo tenía una explicación. Pero en conjunto planteaban dudas perturbadoras.

Tres días antes, cuando el ama de llaves de Anne descubrió el cadáver de esta, mandó llamar de inmediato a Ursula. No había nadie más a quien avisar. En un principio, se negó a aceptar la idea de que Anne hubiera muerto bien por causas naturales o bien porque se había quitado la vida. De modo que llamó a la policía, la cual concluyó de inmediato que no había señales de juego sucio.

Pero Anne había dejado una nota. Ursula la había encontrado arrugada junto al cadáver. Para la mayoría de la gente, los símbolos escritos con lápiz habrían sido garabatos sin más. Anne, sin embargo, era una experta taquígrafa que conocía el método Pitman. Al igual que sucedía con muchos secretarios profesionales, había llegado incluso a desarrollar su propio código cifrado personal.

La nota era un mensaje, y Ursula sabía que estaba dirigido a ella. Anne era muy consciente de que nadie más podría descifrar su código.

DETRÁS DEL INODORO

Ursula se sentó a su escritorio y bebió un poco más de brandi mientras contemplaba los objetos. Al cabo de un rato, cogió el frasquito de perfume vacío. Lo había encontrado en el pequeño escritorio de Anne, no con las demás cosas. Era poco característico de su amiga el no haber mencionado la compra de un nuevo perfume, pero aparte de eso no parecía haber nada misterioso en el frasquito.

El cuaderno, la bolsita de terciopelo y las semillas, sin embargo, eran harina de otro costal. ¿Por qué había escondido Anne esos tres objetos detrás del inodoro?

Un rato después abrió el cuaderno de taquigrafía y empezó a leer. Descifrar los símbolos manuscritos de Anne era un proceso lento, pero dos horas más tarde sabía que esa tarde se había equivocado en algo. Hacerse cargo de los gastos del funeral no iba a ser el último gesto de amistad.

Podía hacer algo más por su amiga: encontrar a su asesino.

2

Slater Roxton observaba a Ursula a través de los cristales de sus anteojos de montura metálica.

—¿Qué demonios quiere decir con que no estará disponible durante las próximas semanas, señora Kern? Tenemos un acuerdo.

—Lo siento mucho, señor, pero me ha surgido un asunto importante —repuso Ursula—. Y que precisa de toda mi atención.

En la biblioteca se hizo un silencio inquietante. Ursula se preparó mentalmente para defender su postura. Conocía a Slater desde hacía menos de dos semanas y había trabajado con él tan solo en dos ocasiones, si bien tenía la impresión de haberlo calado por instinto. Iba a demostrar ser un cliente difícil.

El hombre había perfeccionado casi hasta el extremo el arte de disimular su estado de ánimo o sus pensamientos, pero ella empezaba a captar sutiles indicios. El silencio absoluto y el hecho de que la mirara sin pestañear no presagiaban nada bueno. Se sentó muy derecha en la silla, haciendo todo lo posible para no dejar entrever que su firme escrutinio le estaba provocando escalofríos en la espalda.

Cuando por fin llegó a la conclusión de que no reaccionaba a su adusta desaprobación como él había esperado que lo hiciera, aumentó la tensión levantándose muy despacio de su sillón y colocando sus poderosas manos sobre la brillante superficie de su escritorio de caoba.

Su forma de moverse transmitía una elegancia engañosa que le otorgaba un aura fascinante de poder sereno y contenido. Su talante gélido y sombrío afectaba todos los de-